

24. Volver al rebaño, misericordiosos como el Padre

Ayer decía, a propósito de la conclusión de Laudes y Vísperas según san Benito (cfr. RB 13,12-14; 17,8), que es como si para él el Padre Nuestro y el *Kyrie eleison* se confundieran, porque expresan la misma petición de misericordia. Orar “¡Señor, ten misericordia de mí!”, es como concentrar en un solo grito todo el Padre Nuestro. Pero al mismo tiempo comprendemos que sin el Padre Nuestro, no sabríamos qué pedimos cuando gritamos “¡*Kyrie eleison!*”.

¿Qué es el Padre Nuestro? El Padre Nuestro es Jesús que nos enseña a orar como Él. Jesús estaba orando, y cuando viene hacia sus discípulos, quizá al amanecer, después de una noche en oración, o volviendo de un lugar desierto, irradiando el “perfume” de su oración y la “luz” de su encuentro con el Padre, precisamente es en ese momento cuando un discípulo le hace finalmente la petición más importante que un ser humano haya podido hacer al Hijo de Dios hecho hombre: “Señor, ¡enséñanos a orar!” (Lc 11,1).

¿Qué queremos pedir más o mejor a Cristo sino esto? Quizá porque hasta ahora ninguno de los discípulos había osado hacerlo. Es la petición más importante, porque es una petición que va al corazón de la persona de Jesucristo, y también al corazón de Dios, al corazón de la Trinidad. Es como disparar una flecha que va a dar en el centro de toda la realidad, de la realidad increada y de la realidad creada.

San Juan Pablo II escribía en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, al comienzo del tercer milenio: “Es preciso aprender a orar, como aprendiendo de nuevo este arte de los labios mismos del divino Maestro, como los primeros discípulos: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11,1). En la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo que nos convierte en sus íntimos: «Permaneced en mí, como yo en vosotros» (Jn 15,4). Esta reciprocidad es el fundamento mismo, el alma de la vida cristiana y una condición para toda vida pastoral auténtica. Realizada en nosotros por el Espíritu Santo, nos abre, por Cristo y en Cristo, a la contemplación del rostro del Padre. Aprender esta lógica trinitaria de la oración cristiana, viviéndola plenamente ante todo en la liturgia, cumbre y fuente de la vida eclesial, pero también de la experiencia personal, es el secreto de un cristianismo realmente vital, que no tiene motivos para temer el futuro, porque vuelve continuamente a las fuentes y se regenera en ellas” (NMI § 32)

Pero he aquí que cuando Jesús nos enseña a orar al Padre, aquello sobre lo que más insiste, sobre lo que nos pide que nos empeñemos más, no es sobre lo que concierne directamente a la oración, sino sobre la disponibilidad a perdonar las deudas de los hermanos y hermanas como el Padre nos las perdona. “Si perdonáis a los demás sus culpas, vuestro Padre que está en el cielo os perdonará también a vosotros; pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas” (Mt 6,14-15). En otras palabras, sobre lo que Jesús insiste más es, una vez más, en que seamos “misericordiosos como el Padre” (Lc 6,36). Y esto significa que “rezar como Jesús”, tener una relación con Dios Padre como Jesús, quiere decir lo primero de todo vivir las relaciones humanas dentro de la relación con el Padre misericordioso que nos perdona, que nos condona todas las deudas. La parábola del deudor al que el dueño condona una

deuda inmensa pero que después él no condona la deuda irrisoria de su compañero, es la ilustración de la conciencia y responsabilidad que debe crear en nosotros la gracia de poder orar al Padre como el Hijo unigénito (cfr. Mt 18,23-35).

Pero volvamos a retomar el pasaje del capítulo 13 de la Regla en la que san Benito nos habla de la oración del Padre Nuestro: “Nunca deben terminarse las celebraciones de Laudes y Vísperas sin que al final recite el superior íntegramente la oración que nos enseñó el Señor, en voz alta, para que todos la puedan oír, a causa de las espinas de los escándalos que suelen surgir, con el fin de que, amonestados por el compromiso a que obliga esta oración cuando decimos: «Perdónanos así como nosotros perdonamos», se purifiquen de ese vicio” (RB 13,12-13).

¿Qué son estas “espinas de los escándalos que suelen surgir – *scandalorum spinas quae oriri solent*” (13,12)? Lo entendemos de lo que nos sana y purifica de este vicio: la promesa expresada en la oración: “Perdónanos como nosotros perdonamos”.

Es una oración (*oratio*) y es una promesa (*sponsio*), literalmente: “la promesa de la oración – *orationis sponsio*”.

Nuestra libertad puede prometer, puede empeñarse, pero sabe que para mantener la promesa necesita pedir, rogar a Dios que sea Él el que nos conceda mantener nuestro empeño. Porque aquí se trata de luchar contra las espinas, contra las zarzas que crecen siempre, que no se termina nunca de cortar o arrancar, que siempre vuelven a brotar. Es entre estas espinas, entre estas zarzas, entre las que se pierde la oveja y se hiere, y permanece siempre atrapada, y necesita del buen Pastor que venga a desenredarla, porque cuanto más intenta liberarse por sí misma de las zarzas, más permanece atrapada y se hiere.

Solo las promesas que hacemos pidiendo, podemos mantenerlas, porque las mantenemos confiándonos a la gracia de Dios. En este caso, nos es posible perdonar las deudas de los demás solo pidiendo a Dios que perdone las nuestras.

Nuestra tendencia a no perdonar las deudas de los hermanos y hermanas es verdaderamente como las espinas y las zarzas que vuelven a brotar y de las que no conseguimos liberarnos sin la ayuda del Pastor. Si nos fijamos bien, nos damos cuenta que nos pasamos el tiempo acumulando las deudas de los demás con respecto a nosotros. Los demás “deberían” ser o no ser como quisiéramos que fueran o no fueran, hacer o no hacer lo que quisiéramos que hicieran o no hicieran, decir o no decir lo que quisiéramos o no quisiéramos que digan. Estamos casi siempre con la libreta en mano para anotar la lista de las deudas de los demás, es decir, de todo lo que nos lamentamos sobre los demás. Intentad estar atentos aunque solo sea media hora a cuántas deudas de los demás conseguimos enumerar. Ciertamente, a veces es verdad que los demás nos deben esto o aquello. Pero para Jesús el verdadero problema es que es esta nuestra tendencia que nos hace mal, son zarzas de espinas en las que nos herimos a nosotros mismos, en las que nos enredamos nosotros mismos, en las que perdemos nuestra libertad de amar y, sobre todo de dejarnos amar sin medida por el Padre. Esta tendencia nos impide vivir la misericordia, acogerla y vivirla, vivir en la acción de gracias por su sobreabundancia que nos permite distribuirla también nosotros sin medida condonando todas las pequeñas o grandes deudas de los demás.

La misericordia de Dios es como una inmensa presa de amor divino que espera penetrar todos los espacios de nuestra vida en la medida en que los liberamos condonando las deudas de los hermanos y hermanas. Solamente se llega a ser misericordiosos como el Padre condonando en cada momento las deudas, reales o imaginarias, que los demás han contraído con nosotros. Y este es precisamente un ejercicio constante de nuestra libertad, que pide misericordia a Dios y la da, que deja fluir a través de nosotros la misericordia infinita del Padre.

La misericordia de Dios hacia nosotros no nos pide solo condonar las deudas de los hermanos: nos hace a nosotros mismos deudores de todos. Todos se convierten en nuestros acreedores: ya no son ellos los que nos deben algo, sino nosotros los que estamos en deuda con los demás. San Pablo expresó muy bien esta situación inversa. Escribe a los Romanos: “No debáis nada a nadie, más que amor; porque el que ama ha cumplido la Ley” (Rm 13,8).

Quien ama “cumple la Ley”, es decir, salda su deuda con Dios, y con todos. Pero como lo expresa aquí san Pablo, entendemos que esta deuda del amor no la agotaremos jamás. Porque la “Ley” es ahora el mandamiento nuevo de Jesús: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros. Como yo os he amado, así debéis amaros también vosotros unos a otros” (Jn 13,34).

Cristo nos ha amado y nos ama sin medida, dándonos su vida, dándonos totalmente a sí mismo, su humanidad y divinidad. Nos ama hasta el infinito. Así pues, amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado es una “deuda de amor” que no agotaremos jamás, que no saldaremos nunca con ninguno. Pero debemos permitir a nuestra vida, perderse, derramarse continuamente dentro de este ser deudores de los demás porque Cristo se ha dado totalmente por nosotros.

Jesús, y después san Pablo, como san Juan, hablan de amor “mutuo”, de amarnos “los unos a los otros”. Porque todos somos salvados por Cristo, y cada uno de nosotros es deudor del amor de Cristo por todos los demás. La Iglesia es y debe ser un inmenso fuego en el que cada bautizado es un pedazo de madera, pequeño o grande, no importa,preciado o vil, no importa, que se entrega a las llamas de la caridad de Cristo. Esto es lo que hace a la Iglesia, y a cada comunidad, testigo e instrumento de la misericordia del Padre: “Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí” (Jn 17,22-23).

He señalado ya que en el capítulo 27 de la Regla san Benito escribe que el Buen Pastor lleva sobre sus sagrados hombros a la oveja perdida “al rebaño – *ad gregem*” (RB 27,9), un detalle que los Evangelios no expresan. Pero San Benito nos quiere destacar que el amor misericordioso de Cristo vuelve a guiar al que se ha perdido *al rebaño*, es decir a la comunidad fraterna de la Iglesia, que cada comunidad representa y expresa. Es como si el cumplimiento de la misericordia de Cristo con nosotros, que es el cumplimiento de la misericordia del Padre, fuese nuestra pertenencia a la comunidad cristiana. La misericordia de Dios no se cumple en una salvación individual, aquella

que creen poseer los fariseos, sino que se cumple en una comunión de ovejas que, de un modo u otro, han sido todas ellas buscadas, encontradas y llevadas al rebaño. Y entonces para la oveja perdida y encontrada, el rebaño es el signo real y visible de que no está perdida, que ha sido salvada por la misericordia del Señor. El rebaño vuelto a encontrar es para nosotros el signo y la experiencia de la Pascua, de la salvación cumplida, de la vida nueva a la que resurgimos cuando Cristo nos perdona y acoge de nuevo. Y en este rebaño la oveja podrá sentirse siempre llevada sobre los sagrados hombros de Cristo, y podrá mirar, ahora más que nunca, a las demás ovejas, sobre todo a aquellas que se pierden y que el Pastor bueno siempre lleva sobre sí, con gratitud, con alegría, con esperanza.

Con frecuencia las comunidades no viven con esta conciencia y entonces es como si dentro de ellas dominasen tantas deudas no saldadas y, sobre todo, tantas deudas no condonadas. En la parábola del deudor ingrato que no tiene misericordia de su compañero, como el dueño la ha tenido con él, escribe Mateo que cuando encontró a su compañero que le debía calderilla “agarrándolo por el cuello lo ahogaba” (Mt 18,28). Este hombre no ha permitido a la misericordia de Dios “llevarlo al rebaño”, es decir, ser misericordioso con su prójimo, con su hermano, como el Padre. Sin embargo, en lugar de estrangularlo, debería haber dicho a su compañero: “¡Alégrate conmigo, el dueño me acaba de condonar todo, ven, vamos juntos a celebrarlo, te pago una cerveza, o (¡visto que lo preferís así!) un helado, y no hablemos más del tema! ¡Y de ahora en adelante, seremos de verdad amigos, hermanos, y caminaremos juntos en el agradecimiento inagotable de que el dueño, condonando mi deuda, ha condonado también la tuya, y todo aquello que nuestros compañeros nos deben!”.

La misericordia de Dios se convierte en nuestra condena si no la transmitimos, si no nos hace deudores de amor misericordioso para con todos, si no la expresamos en el rebaño, si no fructifica en comunión más fraterna en el gran rebaño de la humanidad.

Ahora, después de este mes de Curso en Roma, volveréis todos a vuestras comunidades, en Brasil, África, Asia, Europa... En este mes hemos podido celebrar en san Pedro el Jubileo de la Misericordia. ¿Por qué no aprovechar esta vuelta a la comunidad para dejarnos llevar al rebaño por Cristo? Como ovejas perdidas y vueltas a encontrar que vuelven a casa con el deseo de compartir con los hermanos o hermanas la alegría de estar libres de todas nuestras deudas con Dios y de todas las deudas del prójimo con nosotros. La alegría pascual de no tener otra deuda con Dios y con los demás que el amor; la alegría de poder ser en Cristo, por gracia del Espíritu ¡misericordiosos como el Padre!

Mi último Capítulo es siempre ocasión para expresar aquí, y “urbi et orbi”, a través de la página web, nuestra gratitud para con todos aquellos que han hecho posible esta decimoquinta edición del Curso de Formación Monástica. Pienso en el P. Procurador Lluc, a la eficazísima Agnese con su marido Piotr, a las valiosísimas Misioneras Hijas del Corazón de María en la cocina, lavandería y plancha, a todos los profesores, especialmente a Salvatore Russo por sus guías culturales; a los intérpretes, todos excelentes, especialmente a aquellos de nuestra Orden que se han puesto generosamente a disposición ausentándose largamente de sus igualmente generosas comunidades. Padre Bazezew de Shola que ha traducido en Amarico para los hermanos etíopes; P. Guilherme de Claraval y Sor Aline de S. Giacomo di Veglia para el numeroso grupo brasileño; P. John de Dallas para el inglés. Un gran trabajo han hecho todas las traductoras y traductores de mis Capítulos: Annemarie Schobinger para el alemán, y también para el francés, que ha compartido con Sor Michaela de Rieunette; Madre Eugenia de Talavera de la Reina para el español; Sor Aline para el portugués; P. Stephen de Dallas y Benjamin Harnwell para el inglés. Agradecemos a P. Galgano que se ha ocupado de la Liturgia y otros aspectos organizativos.

Agradecemos también al Abad Eugenio y a la comunidad de Casamari que nos han acogido tan generosamente el día de nuestra excursión, como también a Benjamín y a los demás que nos han acogido en Trisulti.

Agradezco también en nombre vuestro a los bienhechores que sostienen económicamente el CFM. Cito solamente AIM (Alianza Inter-Monasterios) que cada año, además de sostener personalmente a no pocos de vosotros, nos ayuda a saldar los gastos no cubiertos.

Este año habéis prestado valiosos servicios a la Casa General, trabajando un poco cada día, bajo la dirección de P. Lluc que junto conmigo os está también muy agradecido. También os estoy agradecido por la calidad de vuestra vida comunitaria y de vuestro empeño en el estudio y en los actos comunes.

Este año han terminado 8 de vosotros el Trienio: Sor Marguerite Marie OCSO, de Notre-Dame des Gardes, Sor Marie Véronique OSB, de Jouques, Sor Luiza Maria OSB, Monasterio de Maria Mãe do Cristo, Sor Maria Letícia OSB y Sr. Emanuela, de la Abadía de Santa Maria de São Paulo, Fray Bento OSB, del Monasterio de la Transfiguração, Sor Mariæ Lætitia OCist, de St. Marienstern, y Sor Béatrice OCist, de Boulaur.

Siempre es un poco triste despedirnos, pero veréis que la comunión y la amistad nacidas en estos tres años no se perderán y continuaran a entretejer lazos fecundos en la gran Familia monástica.

Nos volveremos a encontrar con los demás, Dios mediante, el año próximo para continuar esta experiencia de formación en la comunión. Y, como hace siempre el Papa, me permito pedir que recéis un poco también por mí y por todos los que trabajan para ofreceros este Curso. ¡Gracias!